

La despedida

Guión original de

Jorge Jimeno Almeida

Sinopsis

David se va a trabajar a Australia durante un año. Antes de su partida, Ana y David disfrutaron de una maravillosa cena de despedida. Sin embargo, el vuelo se cancela y tienen que pasar un día más juntos. Pero ya no es lo mismo. Él no debería estar. La despedida ya terminó. ¿Cómo afrontar las siguientes horas juntos? Lo que sintieron durante la despedida... ¿fue real o solo el fruto de su imaginación? ¿Y si todo se pudiese cambiar? ¿Y si todo pudiese ser distinto?

Género: Comedia dramática.

Duración: 60 minutos.

Un solo acto.

Escenografía y vestuario

Un apartamento con solo lo necesario para el desarrollo de la trama: una mesa camilla (sobre la que descansa un ordenador portátil) a la derecha del escenario; una par de sillas en frente de la mesa; un sofá aproximadamente en el centro del escenario; una mesa baja en frente del sofá donde se encuentra un teléfono inalámbrico; una lámpara de pie que aporta luz indirecta al lado del sillón. Una caja de mimbre o similar donde se puedan guardar revistas u otros objetos a la izquierda del escenario.

Iluminación constante con blancos y ámbar, centrada en la zona central del escenario entre los elementos que delimitan la acción. (Iluminación propia de un salón interior de una casa cuando es de noche)

Música de apertura: La Despedida (de Javier Puche)

Ella lleva ropa cómoda de estar por casa: una camisa muy grande (de él)

Él viste traje con corbata.

Guión

(Suena música de La Despedida)

Ana entra en escena bebiendo un té. Su rostro refleja tristeza. Se sienta a la mesa e intenta escribir en el ordenador. Se para. No puede escribir. Mira la foto que está en la mesa enfrente del sofá. Se dirige hacia ella. La acaricia. Abre el porta-fotos que la contiene, y tras sacar la foto, lee una dedicatoria que se ve por detrás. Se le dibuja una sonrisa en el rostro. Se levanta. Mira alrededor, se dirige hacia el teléfono (inalámbrico) y marca el número de una amiga:

Ana.— Hola Cris. Soy Ana. Sí, tía, ya se fue esta mañana. Pues cómo voy a estar... Llevo todo el día sin poder concentrarme en nada y no he escrito ni una palabra más del libro. Ya tía, pero es que se ha ido por un año, va a ser un año entero sin verle, sin olerle. Jolines, con lo me que me gusta su olor. *(Se ríe)* Sí, tía, la despedida de ayer fue increíble, alucinante, había una conexión entre los dos, una magia, aun siento sus manos por toda mi piel. tremenda... sí, eso también cómo eres... siempre quieres saber lo mismo, eres una pícara. Que sí, que lo hicimos un montón de veces *(se ríe)*.

Si, si tienes razón, lo que pasa que hoy no consigo quitarme de la cabeza ese estúpido trabajo en Australia que nos va a separar durante un año... un año Cris... yo no sé si no me volveré loca.

(Se escucha la puerta de la casa que se cierra de un golpe. Alguien ha entrado)

Ana.— Cris, te llamo ahora *(dice asustada)*. Hola...

(Ana cuelga el teléfono y ve como David, su pareja, entra por la puerta. David entra vestido de traje, corbata en el cuello pero aflojada, primer botón de la camisa desabrochado y con un maletín en la mano)

(Ana está muy sorprendida con el retorno de su pareja a quien ya creía volando a Australia)

Ana.— ¿Pero qué ha pasado?

David.— Pues que el vuelo se ha cancelado hasta mañana.

(Ana se queda contrariada. No sabe muy bien cómo reaccionar. Finalmente le besa)

Ana.— Gracias, Dios, gracias por darme un día más.

David.— Sí, parece que vamos a tener una horas extra para despedirnos. *(Dice cariñoso)*

Ana.— No me lo puedo creer. Sentir tu cuerpo unas horas más. Igual me obligas a que te ate a la cama y no te deje escapar nunca más de ahí.

David.— Veo que lo de anoche no te ha dejado aún saciada, ¿eh?

(David sigue buscando algo en el maletín)

Ana.— No, me han entrado más ganas de ti.

(Ana empieza a besarlo apasionadamente por la espalda, metiéndole la mano en la entrepierna).

David.— Amor, para, para, que tengo cosas que hacer *(dice mientras saca un teléfono y el cargador del maletín. Le da un beso rápido a Ana en los labios)*. Aún no he podido avisar a Peter de que no llego en el vuelo de mañana. Tengo que cancelar la reunión con el ex-director, la reunión con el equipo. Se me acaba la batería en el aeropuerto. Vaya mierda de día.

(David enchufa el cargador del móvil y lo pone a cargar y se queda mirando al teléfono mientras se enciende).

Ana.— Bueno, amor, te vas a ir por un año, no creo que por un día se vaya a hundir el mundo. Además, así tenemos otro día y otra noche para nosotros *(dice esto último con picardía)*.

David.— Igual tienes razón y si imaginas algo con mucha fuerza, se puede hacer realidad.

Ana.— Pues sí... puede que nunca llegues a coger ese avión.

David.— Amor, no me hagas eso, ya sabes lo importante que este trabajo es para mi carrera.

Ana.— No, tranquilo, si está claro que tu carrera está por delante de mí.

David.— No es eso amor y ya lo sabes... lo hemos hablado quinientas veces *(se sienta a la mesa donde está el ordenador)*.

David.— Este trabajo en Australia es la llave para obtener el puesto de director en España y que no tengamos que separarnos nunca más. *(David coge el teléfono mientras mira la agenda buscando el número de Peter)*.

Ana.— Lo sé, lo sé..., “un pequeño esfuerzo por la recompensa del resto de la vida juntos...” me lo has repetido mil veces. Pero yo sigo sin convencerme de que quiera ese pequeño esfuerzo *(y le arrebató el teléfono de la mano de forma juguetona)*.

David.— Dame el teléfono, cariño, que tengo que llamar a Peter.

Ana.— Quítamelo tú... es un pequeño esfuerzo que tendrás que hacer si quieres que mi cuerpo se relaje y mis manos suelten este aparato.

David.— Ana, ahora no.

(David persigue a Ana hasta que la alcanza entre risas. Forcejean un poco, primero dulcemente hasta que David se va cansando del juego).

David.— Ana, vale ya, que tengo que llamar.

Ana.— Toma, veo que hoy no estás tan juguetón como ayer *(y le da el teléfono desairada)*.

David.— *(Cariñoso de nuevo mientras coge el teléfono)* No es eso, amor, es solo que tengo que cancelar esto. En cuanto hable con Peter, volvemos a jugar *(pausa y la mira de forma juguetona)*, aunque otra noche como la de ayer... ya te la puedes ir quitando de la cabeza porque no creo que me queden fuerzas para mucho más...

Ana.— *(con dulzura, mientras camina hacia él)* Tranquilo amor, si con estar abrazados ya vale, como el abrazo que me diste este mañana.

David.— Bueno, pues si ya te lo di esta mañana, ¿para qué quieres otro? *(Esto molesta a Ana y David se da cuenta. David se levanta hacia Ana con el teléfono en la oreja)*

David.— Bromeaba amor. No te enfades.

Ana va a replicarle y en ese momento contestan al otro lado de la línea de teléfono. David le hace gestos a Ana para que se calle.

David.— Peter? This is David, listen: The flight has been cancelled. Do you hear me? Peter? This is David. Shit *(La comunicación se corta)*.

David.— Cariño, ¿hay algo para cenar? Tengo un hambre. Me he pasado el día en encerrado en la sala de embarque.

Ana.— No, no he hecho nada... me he pasado todo el día... trabajando en el libro *(miente)*.

David.— Qué bien. Ya te dije que en cuanto yo me fuese empezaría a trabajar en el libro y que el año se te iba a pasar volando.

David.— Pues voy a pedir una pizza. ¿Quieres?

Ana.— No, gracias, prefiero quedarme con el sabor de la cena de ayer.

David.— Desde luego que el champán y la langosta dejan mejor regusto que el pepperoni, eso está claro...¿pero cuánto tiempo vas a estar sin comer para no olvidarlo?

Ana.— Veo que tú olvidas rápido.

David.— Amor, estamos hablando de comer, un acto que los humanos hacemos frecuentemente para no desfallecer, es conveniente no olvidarlo.

Ana.— ¿Y qué más actos tenemos que hacer los humanos frecuentemente?

David.— ¿Beber? Ana, cariño, creo que estas sacando esto de contexto.

(Ana se aleja de David y se sienta delante del ordenador pensativa)

(David consigue otra vez línea)

David.— Peter? Peter? Do you hear me? Oh, fuck. Estoy llamando a Sidney, no al Everest, ¿por qué narices se corta? *(Pausa, mira a Ana que está cabreada delante del ordenador)* Cariño, ¿pido una pequeña o una grande?

Ana.— Yo no tengo hambre *(dice enfadada)*.

David.— Pero, cariño, ¿por qué te enfadas porque yo sí que tenga hambre y quiera pedir una pizza?

Ana.— No me enfado porque pidas una pizza, pero es que todo ayer era tan bonito, era un sueño. Un sueño triste porque tú te ibas en la mañana, pero un sueño bonito porque estábamos aún juntos aprovechando cada palabra, cada segundo, cada abrazo... *(David la corta)*

David.— Vale, vale, corta, corta, tienes razón. Es sólo que tengo hambre y tengo que cancelar esto. En cuanto coma algo y hable con Peter, vuelvo a ser el de ayer.

Ana.— ¿El de ayer? ¿Entonces quién eres ahora?

David.— El de hoy.

Ana.— Fíjate que no sabía lo de tu esquizofrenia.

David.— Cariño, pero no puedes pretender que todo sea igual que ayer.

Ana.— ¿Por qué no?

David.— Pues porque no, lo de ayer fue my bonito, pero ya está. No vamos a estar repitiendo la noche de la despedida día tras día por el resto de nuestras vidas. La vida real no es una obra de teatro.

Ana.— ¿Entonces lo de ayer no era real?

David.— Sí que lo fue, pero ya terminó.

Ana.— ¿El qué terminó?

David.— El día de la despedida ya terminó.

Ana.— Si ya terminó, entonces, ¿por qué estás aquí hoy?

David.— Porque se canceló el vuelo, cariño. Yo no tengo la culpa de eso. Mañana me volveré a ir por esa puerta y podrás quedarte pensando en la bonita noche de ayer o en el abrazo de esta mañana.

(Ana se ríe enfadada)

Ana.— ¿Y la noche de hoy?

David.— Pues sáltatela; no hay por qué registrarlo todo (dice de broma).

(Silencio y mirada entre los dos)

David.— Sí, quería pedir una pizza. 911439469. David García. Sí, esa dirección. Pues quería una... (tapa el auricular y pregunta a Ana en voz baja)... ¿pido una pequeña o una grande? *(Ana no dice nada)* Una mediana... (dice mientras mira a Ana observando su reacción)... de jamón y pepperoni. No, no, nada más. Bueno, sí, doble de queso sí. No, no, pero la pizza nada más. No. No. Sí, pero es que solo quiero la pizza. No... ¡Oye, chaval, que solo quiero la pizza! Muy bien, muchas gracias, eres muy amable *(dice ya muy cabreado)*.

(David se dirige hacia la agenda para buscar otro número de Peter)

Ana.— ¿A qué jugabas ayer?

David.— Yo a nada, cariño, nos estábamos despidiendo.

Ana.— ¿Pero tú sentías lo que decías?

David.— Tanto o más que tú. No me echas a mí la culpa de que hoy ya no sea ayer. Tú tampoco estás igual. Si ayer hubiésemos cenado pizza te hubiese parecido el manjar más maravilloso del mundo. Y te hubieses reído de cada tontería que yo dijese aunque no tuviese gracia. Porque ayer era el día de la despedida, y los dos queríamos que fuese perfecta.

Ana.— Los dos actuamos como se espera en una despedida *(dice como si se diese cuenta de pronto de que David tiene razón)*.

David.— Los dos fuimos como queríamos ser.

Ana.— Pero, ¿y quiénes somos realmente? ¿Los de ayer o los de hoy?

David.— Ambos son los mismos.

(Ana se queda pensando)

Ana.— Ayer fue el día de la despedida. ¿Y hoy? ¿Qué es hoy?

David.— Hoy; hoy es el día que nunca tenía que haber sido. Peter? Now? Do you hear me? Thanks god. Listen. *(David cambia completamente de actitud y ahora se muestra servil, extremadamente simpático, pelota con Peter)*. The flight has been canceled. I will not arrive tomorrow, I will arrive after tomorrow. Same time, same flight. Great. Amazing, Peter. Lovely, lovely. Oh thank you very very much, thank you, Peter, bye, bye, bye.

(Cuando la conversación va terminando, se sienta en el sofá. Cuelga y deja el teléfono encima de la mesa. Se relaja por fin. Se afloja la corbata y se quita la chaqueta)

Ana.— Tienes razón. Yo tampoco soy la misma de ayer. Ni si quiera soy la misma de hace unos minutos, de antes de que entrases por esa puerta. Ahora ya no sé ni quien soy.

David.— Amor, estás exagerando. Le estás dando mucha importancia a todo esto.

Ana.— ¿Y cómo se supone que tengo que estar ahora durante todo el año que estemos separados? ¿Con el ansia de volver a verte con el que me quedé hace unas horas? ¿O con la duda de qué demonios estoy sintiendo con la que estoy ahora?

David.— Pues supongo que todo depende de ti.

(Ana se empieza a reír)

Ana.— Todo depende de mí. Ja, ja, ja. Todo depende de mí. ¿Reír o llorar?, ¿echarte de menos o no? Todo depende de mí... *(pausa)*

David.— Pues sí.

Ana.— Pero yo quiero echarte de menos y ahora estás aquí.

David.— Pues solo tienes que esperar a mañana. O si quieres me voy a dormir a un hotel. O imagínate que no estoy. El poder de la imaginación.

Ana.— Eso no arreglaría nada. La despedida de ayer consiguió que te echase de menos con una fuerza increíble... y mañana te vas a ir de nuevo... y quiero volver a sentir lo mismo y con la misma intensidad.

David.— Pues imagina otra realidad que haga posible los mismos sentimientos.

Ana.— ¿Como qué?

David.— Ya sé... *(David se pone muy serio y cariñoso)* Cariño, el vuelo no se ha cancelado, lo he perdido yo a drede porque necesitaba volver a verte, volver a abrazarte, volver a besarte, volver a hacerte el amor... si tengo suerte de que se me levanta, claro, porque después de lo de ayer no creo yo que...

Ana.— Ja, ja, ja, pero no vale, sé que es mentira *(dice mimosa)*. Necesito que pase algo que me haga volver a sentir lo mismo que sentía ayer... *(dice pensativa)*. Ah ya sé... *(carraspea e imposta la voz)* David, sé que no has llamado para pedir una pizza. Sé que un camarero llamará a nuestra puerta y traerá una botella de champagne y una langosta. Así que mejor me voy a la cama... a esperarte.

David.— Amor..., que al que he llamado es al de la pizza.

Ana.— Ay, David, ¡que ya lo sé! Pero tenemos que hacer algo que nos haga volver a entrar en el bucle de echarnos de menos y que dure por un año... y la pizza... no.

David.— Vete a la cama, que ya ahora llevo el champagne... y la langosta... con doble de queso, claro.

Ana.— Ay, David, le quitas toda la magia.

David.— *(David protesta con el gesto, pero encuentra otra alternativa)* Cariño, tengo que decirte la verdad: no soy David, soy su hermano gemelo.

Ana.— ¿Raúl? *(dice con gran agrado)*

David.— Me he inventado todo esto para poder acostarme contigo porque siempre te he deseado.

Ana.— Ya te notaba distinto. Sabía que no podías ser él.

David.— Intenté suplantarle, pero obviamente no le llego ni a la altura de los zapatos. Así que mejor me voy de esta casa. *(Intenta levantarse pero Ana se lo impide)*.

Ana.— No, hombre, ya que estás aquí... vamos a acostarnos. *(Dice Ana aproximándose a él y toqueteándole)*

(David cambia, se pone serio)

David.— ¿Te acostarías con mi hermano?

Ana.— Ay, cariño, qué tonto eres. ¡Estamos jugando! ¡Diviértete!

David.— Sí claro, pero es que te pones tan cachonda, que se me va la cabeza.

(Ana se separa de David, y se queda pensativa. Le mira, parece que va a decir algo y se vuelve a callar)

Ana.— David, ¿sabes lo que ocurre de verdad?

David.— ¿Qué?

(Ana se lo piensa, le mira.)

Ana.— No, nada.

David.— Ana, dímelo, ¿qué ocurre?

Ana.— No, no, olvídalo.

David.— Ana, sabes que no lo voy a olvidar. ¿Qué ocurre?

Ana.— David, *(pausa)* no quería decírtelo antes de que te fueses, pero... estoy embarazada.

(David se asusta por un momento, pero luego asume que Ana está jugando de nuevo y que todo es mentira)

David.— *(Jugando)* Anda.... ¡Embarazada! Dios mío, ¡padre!. Voy a ser padre. Con la alegría que dan los niños corriendo por la casa y esas cosas. Habérmelo dicho antes, mujer. Y claro, supongo que no puedo irme a Australia, que tengo que quedarme aquí, a tu lado, estos nueve meses, para hacerte compañía y hacer esas cosas que hacen los padres.

Ana.— *(Muy emocionada)* No, cariño, tú tienes que coger ese trabajo, que es muy importante. Total, serán 9 meses en los que voy a estar insoportable, y voy a tener antojos, y me dará por imaginarme cosas.

David.— Ana, estás de coña, ¿verdad? *(dice David, dudando)*

Ana.— Sí, amor, *(transmitiéndonos que es verdad que esté embarazada)* etoy de coña.

David.— Ana, ¿estás embarazada? *(Dice muy preocupado, con mucho miedo)*

Ana.— Que no imbécil, cómo voy a estar embarazada.

David.— *(Enfadado)* Tú eres imbécil.

Ana.— Pero si tú te hiciste la vasectomía hace años, David *(dice restándole importancia a la broma, culpándole a él de haber picado)*.

David.— Bueno, ¿y qué? Esas cosas fallan. Mira, Ana, ya me he cansado de esto. Échame de menos, o no, o haz lo que quieras. He tenido un día horrible en el

aeropuerto y llego y tú con tus juegos, que ahora te echo de menos, que ahora no te echo de menos... Igual es un buen momento para que aproveches y madures, Ana, madures.

(Las palabras de David enfurecen mucho a Ana).

Ana.— David, no quería tener que hacer esto, pero no me dejas otra opción. Necesito echarte de menos, de verdad *(Ana saca una pistola de una caja y apunta a David)*

David.— ¿Y esa pistola? *(Dice sin entender nada, con miedo)*

Ana.— Me la imaginé.

(Ana dispara a David. David siente el impacto llevándose la mano hacia la zona donde le ha disparado Ana. Comprueba si hay sangre y se hace el muerto. Ana vuelve a dejar la pistola donde estaba. Pasan unos segundos. Ana se va a David y empieza a tocarle, y a decir su nombre, asegurándose de que realmente no está muerto)

Ana.— ¿David? ¿David? ¿David?

David.— *(Se incorpora y dice muy emocionado)* Esto sí que ha molado ¿eh?. Esto te vale para un año o para dos. ¿De dónde has sacado esa pistola?, que me has asustado. ¿Has visto qué bien me he muerto? Mira, Ana, si me disparas por aquí, hago así, “ahhh”, y me caigo así..

Ana.— David, no te vayas a Australia. No tienes por qué irte.

David.— ¿Qué? ¿Lo estás diciendo en serio? *(dice muy indignado. Se levanta del sofá y va en busca de su portátil al maletín)* No me puedo creer que vuelvas con eso ahora. Ese es un tema cerrado, finito. No me puedo creer que vuelvas con eso ahora. Me tengo que ir.

Ana.— No, no te tienes que ir. Te puedes quedar aquí. Si tú mismo lo has dicho antes: podemos imaginar la realidad que queramos. No tienes por qué irte.

David.— Imaginar, no cambiarla. Podemos imaginar las razones que justifiquen los hechos. Y que yo me tengo que ir a Australia es una realidad ineludible, un hecho.

Ana.— ¿Por qué? ¿Estás ya en Australia? No. Pues entonces eso se puede cambiar.

David.— Mierda de día. Mierda de día. ¿Por qué se canceló el vuelo? ¿Por qué? Me tenía que haber quedado en el hotel del aeropuerto, que además me lo pagaban. ¿Por qué habré vuelto?

Ana.— Igual fue el destino.

David.— Igual fue que quería verte de nuevo.

Ana.— Ja, no te lo crees ni tú. Estoy segura que cuando volvías cruzabas los dedos para que no estuviese en casa y no te incordiasse con mis cosas.

David.— Ya estás de nuevo con lo de que no te quiero tanto como tú a mí. Pues no, señorita doña lista, volvía con muchas ganas de verte.

Ana.— Estupendo, mucho mejor, porque eso apoya mi teoría de que todo esto de estar separados es muy mala idea, y que no quiero que te vayas a Australia.

David.— Ana, ¿por qué me haces esto? ¿Piensas que para mí esto es fácil? ¿Piensas que yo me quiero ir? Para mí esto es tan duro como para ti.

Ana.— Una mierda esto es tan duro para ti como para mí. Tú te vas a emprender una aventura, un nuevo lugar, nuevos amigos, nuevas amigas...

David.— No, no me lo puedo creer.

Ana.— ¿El qué?

David.— Todo esto es por celos. No me puedo creer que te esté entrando un ataque de celos. A ti, a la Ana de la libertad por bandera, nadie es de nadie, los celos son de los trogloditas, *carpe diem...*, te está entrando un ataque de celos...

Ana.— ¿Pero qué tonterías dices?

David.— Todo este numerito es porque te has puesto celosa, con pistola y todo... Si es que ves demasiadas películas de Almodóvar.

Ana.— A mí no me está entrando ningún ataque de celos.

David.— “Yo quiero ser, una chica Almodóvar” (canta la canción de Sabina)

Ana.— Por mí te puedes acostar con todas las australianas que quieras

David.— Muchas gracias.

Ana.— E incluso con todos sus canguros, si es lo que quieres.... A mí eso me importa un pito. Pero yo quiero que estemos juntos. Juntos de verdad.

David.— Pero, amor, eso ya lo hemos hablado mil veces...

(Ana le corta)

Ana.— Como me vuelvas a repetir lo de que esto es un pequeño esfuerzo te aseguro que son las últimas palabras que dices.

David.— Pero entonces, ¿qué quieres que haga?

Ana.— Quedarte.

David.— *(Respira profundamente, toma aliento, habla tranquilamente, con mucho cuidado de cada palabra que dice, midiéndolas)*. Sé que como hombre y mujer tenemos mentes diferentes. No digo mejores o peores, solamente digo diferentes. Como ves, eso me lo has enseñado muy bien. Pero a mi mente racional le está costando mucho transmitirle a tu mente emocional que esta es la mejor opción que tengo; no, la mejor no, la única opción que tengo, que o cojo este trabajo en Australia o estaré siempre de aquí para allá con una maleta a cuestas. Como ves, no he dicho nada de un pequeño esfuerzo, pero lo que está resultando un gran esfuerzo es que lo entiendas. Uy, perdón, quiero decir, explicarme. *(Dice esta última frase con mucha ironía)*.

Ana.— David, pedazo de hombre con cero de inteligencia emocional, quizás lo que no entiendas es que yo quiero que estemos juntos, y opino que si eso es lo que tú quisieses también, pues entonces no habría nada que lo impidiese.

(David piensa por un segundo)

David.— ¿Te quieres venir? ¿Es eso? Si ya te lo dije desde el primer momento, vente si quieres *(dice de forma poco sentida, tecleando en la tablet)*. No sé muy bien lo que harías allí... sin hablar inglés ni nada, y ya sabes que yo estaré en la central semanas seguidas sin poder salir. Pero si quieres venir, vente.

Ana.— Sí, claro. Me lo pintas tan bien, que me entran unas ganas locas de ir. No tienes ni un esto *(dice con los dedos en señal de nada)* de ganas de que vaya y que sea una carga para ti.

David.— No, venga. Por mí no hay problema, vente si es lo que quieres. Luego no empieces a quejarte y a protestar con que no sabe lo que hace allí... pero si te quieres venir, vente.

Ana.— “Por mí no hay problema”. ¿Pero tú te escuchas? Sé que no quieres que vaya. Y tranquilo, que yo tampoco. A mí no se me ha perdido nada allá, y además aquí tengo mi trabajo.

David.— ¿Qué trabajo? *(dice con ironía, riéndose)*

Ana.— David, sé que tú eres incapaz de imaginar que uno puede trabajar si no le pagan. Pero algunas personas estamos más evolucionadas.

David.— Ah, lo de escribir el libro... *(dice con desprecio)*. Un libro que consiga que nuestra sociedad no sea tan egoísta y vea el verdadero valor de la cooperación. Sí, menudo trabajo.

Ana.— ¿Qué? ¿Pensaba que me apoyabas? *(dice totalmente decepcionada)*.

David.— Yo te apoyo, cariño, en eso y en lo que quieras. Pero el mundo es como es y ni tú ni nadie lo va a cambiar, ni aquí ni en Australia, ni con un libro ni con una enciclopedia. Esta es la realidad; imagínate todo lo quieras, pero esto es la realidad.

Ana.— A veces me pregunto por qué te quiero con lo que triste que eres.

David.— ¿Lo triste que soy? (*Se levanta y va a la cocina y vuelve con una cerveza*). ¿Te parece poco lo comprensivo que soy con todas tus cosillas de imaginación? (*Empieza a parodiarla*) Imagínate un mundo distinto, uno en el que todas las personas se quieran por lo que son y no por lo que aparenten. (*Deja de parodiarla y dice enfadado*). Una mierda. Y yo te apoyo y te aliento en tus cosas de... huertos comunitarios, grupos de consumo, asambleas autogestionadas... pero la realidad, la realidad, mi querida Ana, es que si no fuese por el dinero que yo traigo a esta casa...

Ana.— ¿Cómo te atreves a decirme eso?

David.— Sí, acampemos todos en las plazas. Con eso se va a cambiar el mundo. Montemos un bonito mundo super “guay” llenos de hippies, perros y flautas.

Ana.— ¡Tú también acampaste!

David.— Claro que sí. Fue divertido soñar, estuvo bien divertirse, imaginar un mundo distinto, imaginar, imaginar, pero la realidad no se construye a base de hippies que aplauden haciendo los cinco lobitos (*hace el gesto*). La realidad se construye trabajando, con trajes y corbatas, tragando con lo que te dice tu jefe y recibiendo un salario a fin de mes.

Ana.— ¡Una mierda! Esa es la realidad porque tú la aceptas, ¡cámbiala, cámbiala! Tú puedes cambiarla si tú quieres, si todos queremos. Dime, dime dónde está escrito que hay que llevar una corbata que oprima tu garganta para poder hacer un buen trabajo. Dime dónde. Ah, sí, en la cultura en la que hemos sido educados. Sufre, sufre, si no sufres no habrá recompensa. Esfuerzos y recompensas. Dios mío, ¿no te das cuenta? Cada uno de nosotros tiene un poder increíble y ni hace falta que hagamos cosas para que asienta el público.

David.— ¿Qué público?

Ana.— El público, la sociedad, todos aquellos de quienes necesitamos su aprobación. Todo puede cambiar. Solo depende de nosotros (*se queda un momento pensando*) como el dicho ese del mosquito... si crees que eres demasiado pequeño para cambiar el mundo, prueba a dormir en una habitación con un mosquito.

David.— Los mosquitos viven tres días y se mueren. Se puede acampar tres días, incluso tres semanas, ¿y luego? Luego nos ponemos nuestros trajes y nuestras corbatas porque tenemos que comer.

Ana.— Las cosas pueden ser distintas. Estoy segura. *(Pausa)* No te vayas. Podemos encontrar cualquier cosa para que no nos muramos de hambre. Si realmente quieres que estemos juntos, nada tiene por qué separarnos.

David.— ¿El qué? Dime qué podemos hacer para no morirnos de hambre, o de asco. *(Se queda un momento pensativo)* Ah sí, igual podemos robar bancos ahora que tenemos una pistola. Se puede saber de dónde has sacado ese chisme.

(Ana se queda pensativa unos instantes)

Ana.— David, no sé lo que podemos hacer, pero lo único que sé es que esto no está funcionando. Yo me había quedado muy tranquila esta mañana. Triste, pero tranquila. Habíamos tenido la despedida que tocaba. Sería real o hecha a medida, me da igual, pero habíamos tenido lo que yo por lo menos necesitaba para entrar en este nuevo estado de espera. Pero ahora se ha fastidiado; lo has fastidiado tú.

David.— ¿Que lo he fastidiado yo?

Ana.— Sí. Podías haber entrado en por esa puerta de mil maneras distintas para hacer de esta noche una noche especial, un regalo. Pero no, tuviste que entrar en modo egoísta.

David.— Entré en modo realista.

Ana.— Realista, egoísta, ¿qué mas da? Entraste sin pensar en mí, que es la que se queda aquí, la que más va a sufrir que te vayas, la que necesita fuegos artificiales para no ver la oscuridad que le espera.

David.— ¡Hala!... Ya estamos con el drama... pero bueno, Ana, ¿qué querías que hubiese hecho?

Ana.— ¿Quieres que te lo muestre?

David.— ¿El qué?

Ana.— Lo que yo hubiese hecho si hubiese sido tú.

David.— Sí, claro. Siempre y cuando yo pueda mostrarte lo que yo hubiese hecho si yo hubiese sido tú.

Ana.— Adelante, me muero de ganas de verlo.

David.— ¡Venga!

(Ana le mira retadora y sale de escena. David se sienta delante del ordenador, simulando como ella coge la taza de té).

(Ana vuelve a entrar en escena y mira a David que la parodia. David empieza a teclear el portátil con mucha pasión sin prestar atención a su presencia).

(Ana carraspea la voz pero David no le hace caso).

Ana.— Hola, amor. Mira quien está en casa

David.— Hola cariño *(dice sin prestar mucha atención y completamente absorto en el ordenador).*

Ana.— Cariño, ¿no te sorprende que esté aquí cuando debiera estar a estas horas sobrevolando la India?

David.— Anda, es verdad. Es que cuando “trabajo” me quedo tan absorto que casi no me entero de nada. Al ritmo de trabajo que llevo creo que pronto tendré que empezar con el segundo volumen.

Ana.— Muy bien, eres un trabajador excelente, pero no vayas tan rápido, es mejor que tenga una buena calidad a que se termine en un periquete. De todas formas, no estamos aquí para hablar de mi libro..., ¿no hay nada que me quieras preguntar?

David.— *(David piensa unos segundos)* ¿Tienes hambre?

Ana.— Cariño, esta mañana me fui por mucho tiempo, pero como puedes ver estoy aquí de vuelta... ¿no hay nada más que me quieras preguntar?

David.— ¿Quieres que te prepare algo de cenar?

Ana.— *(Ana sale del juego muy enfadada)* Mira, David, te vas a tomar esto en serio o lo dejamos.

David.— Pero si me lo estoy tomando en serio.

Ana.— *(Muy enojada)* ¡ Pues entonces pregúntame qué ha pasado con el vuelo!, ¿no?

David.— Ah, vale, el vuelo. ¿Empezamos de nuevo?

Ana.— ¡No, pregúntamelo de una vez!

David.— Vale, vale *(David carraspea buscando las palabras exactas metiéndose en modo juego de nuevo).* Es verdad..., si es que estaba aquí tan entretenido con el libro que se me había ido el tiempo... Si es el que tiempo vuela mejor que los aviones, ¿eh?

(David se ríe de su propio chiste malo. Ana le mira con cara de odio).

David.— *(vuelve a ponerse serio al ver que Ana no se ríe)*. ¿Y qué ha pasado entonces? ¿Por qué estas aquí?

(Ana respira un poco mas tranquila una vez que escucha por fin la pregunta que espera).

Ana.— Pues que el vuelo se ha cancelado hasta mañana. Al principio pensaba que era un fastidio, ahora que ya estaba todo preparado para mi llegada a Sidney. Pero luego he pensado que sería maravilloso estar de nuevo juntos; prolongar nuestra despedida de ayer una cuantas horas más. Así que me he venido a casa la mar de contenta.

David.— Jo, qué bien que te lo hayas tomado así. Me encanta cuando estás así de positiva y alegre. ¿Y has llamado ya a Peter para decírselo?

Ana.— No, aún no. Antes me muero de ganas de volver a abrazarte, de volver a besarte. Yo que pensaba esta mañana que tardaría un año en volver a hacerlo... y puf, ya ves, ahora estoy aquí, tocándote de nuevo, mirándote de nuevo.

David.— Cariño, llama a Peter cuanto antes que tiene que anular todo lo de mañana.

Ana.— Luego lo hago. Lo importante hay que hacerlo primero.

David.— Sí, amor, pero luego te cabreas cuando pasa el tiempo y no has hecho lo prioritario. Así que mejor llama a Peter y yo mientras termino este capítulo tan interesante que estoy escribiendo, y luego te preparo algo de cenar que seguro que vienes hambrienta.

Ana.— Pues no, porque al volver a verte se me ha hecho un nudo en el estómago de la emoción y se me ha quitado el hambre.

David.— Anda, no sabía que provocaba yo ese efecto. Igual me deberían llevar a África.

Ana.— Como echaba de menos esos chistes tan malos de mi amorcito.

David.— Llama a Peter *(dice aconsejando con insistencia)*. Que no te creas que es tan fácil comunicarse con Australia. A ver si no vas a poder hablar con él y la lías.

Ana.— Qué pesado estás con lo de Peter.

David.— No, si yo lo digo por ti. Que sé que luego te pones de mal humor cuando no consigues hacer las cosas a tiempo.

Ana.— Venga vale, voy a llamarle, pero para que me dejes de incordiar.

(Ana coge el teléfono. En ese momento llega David y le quita el teléfono y se lo mete en la entrepierna)

David.— ¿A que no me lo quitas? *(dice sexualmente)*

Ana.— Uhhh, aquí hay alguien que está en modo jugueteón, con lo que a mí me gusta jugar *(dice en modo erótico)*.

David.— No, toma amor. Lo primero es lo primero. Llama a Peter. No sé que se me ha pasado por la cabeza, supongo que es que aún no me he tomado la pastilla de los nervios. Va a ser eso...

(Ana coge el teléfono con desgana. Le da a la tecla de rellamada y se pone el auricular al oído)

Ana.— Ya da señal, a la primera. Es que cuando se marca con confianza siempre se consigue comunicar. ¿Peter? ¿Peter? *(Dice parodiando a David. De repente su cara cambia porque han contestado al otro lado)* ¿Peter? One second. *(Ana mira a David con duda)*. Dile tú algo que yo no sé ingles *(dice mientras le ofrece el teléfono)*

(David la mira extrañado, sin entender a Ana)

David.— No has llamado a Peter de verdad....

(Ana se queda mirándole con cara de culpabilidad asintiendo con la mirada)

(David coge el teléfono)

David.— ¿Peter? No, sorry. It was my wife. A mistake with the phone. Sorry Peter. Thank you Peter. Sorry, Peter, Thank you very much Peter, Sorry Peter. By Peter, bye.

(David cuelga el teléfono y mira a Ana muy enfadado)

David.— ¿Pero tú en qué coño estás pensando? ¿Pero tú piensas que puedes molestar a todo el mundo con tus juegos? Se te va la cabeza, tía.

Ana.— David, perdona. Le he dado al botón de rellamada... es que yo pensaba que no iba a ser tan fácil comunicar, como a ti te ha costado tanto. Jo, y yo a la primera. Qué suerte tengo, ¿verdad? Sorry, David, sorry very very much David. Thank you David, Thank you thank you very much. La verdad que para decir eso, lo podría haber dicho yo también. Eso lo enseñan hasta en la ESO.

David.— Se puede saber a dónde quieres llegar con todo esto.

Ana.— Pues quiero que veas que con un poco de cariño y generosidad no lo habrías estropeado todo.

David.— Tienes razón

Ana.— ¿Cómo que tengo razón?

David.— Pues eso, que tienes razón.

Ana.— Tengo razón, ¿y?

David.— ¿Y?

Ana.— Y algo más, ¿no?

David.— Tienes muchísima razón.

Ana.— David, no vayas por ahí que ya sabes que me pone muy nerviosa que me des la razón como si yo fuera tonta.

David.— Pues ya sabes que a mí hay ciertas cosas que también me ponen muy nervioso.

Ana.— ¿Cómo llamar a Peter?

David.— Sí, eso no me ha hecho ni puñetera gracia.

Ana.— Pues tenías que haber visto la cara que se te ha quedado. Te has puesto blanco. Parecía que habías visto un fantasma. Y luego has empezado... "Sorry, Peter, sorry, Peter"... si es que eres un pelota.

(Ana se ríe y consigue que a David se le dibuje una pequeña sonrisa en la boca. David se levanta de la mesa y se dirige hacia la caja de mimbre con la)

David.— Ana, creo que no hay otra solución para que dejes de decir tonterías (coge la pistola y la apunta).

Ana.— David, no me apuntes con eso (*dice con mucho miedo*). Que tu hermano dijo que la primera bala no iba a salir por no sé qué de la recámara que estaba vacía, pero las demás ya iban a salir de verdad.

(David se queda muy sorprendido y asustado mirando a la pistola)

David.— ¿Qué tiene que ver mi hermano en todo esto?

Ana.— Pues que él ha sido quien ha traído la pistola esta mañana. Que hay muchos atracos en este barrio, y como yo me iba a quedar sola, pues que sería buena que tuviese una pistola. La primera bala no iba a salir, por que era solo por si tenía que asustar a alguien, pero las siguientes ya iban a ser de verdad...

David.— ¿Que qué? ¿Pero estáis todos locos?

Ana.— Yo también pensé que era muy mala idea, y además a mí no me gustan nada las armas, pero ya sabes cómo es tu hermano cuando insiste.

David.— No, yo no sé cómo es mi hermano cuando insiste. Pero por lo visto tú lo sabes muy bien.

Ana.— Cariño, no te enfades ahora con tu hermano.

David.— Pero que me has disparado con una pistola de verdad.

Ana.— Pero la bala no iba a salir (*dice excusándose*).

David.— Pero, ¿y si la bala hubiese salido? ¿Y si mi hermano se hubiese equivocado?

Ana.— Es que tu hermano nunca se equivoca (*dice restándole importancia*).

David.— ¡Estoy hasta la polla de mi hermano!

(Se escucha el timbre de la puerta)

Ana.— Debe ser la pizza. Ya voy yo a por ella (*dice rápidamente para escaparse de la discusión*).

(Ana sale de escena. David se queda mirando el arma que ha posado previamente en la mesa. Se sienta en el sillón pensativo, asustado, sin poder quitar los ojos de la pistola. Ana vuelve a entrar en escena con la caja de la pizza en la mano)

Ana.— Hala, vamos a cenar. Fíjate que con el ajetreo a mí hasta me ha entrado hambre. (*Dice intentando desviar la atención de lo que ha ocurrido*)

David.— Pues a mí se me ha ido.

Ana.— Que no, no seas tonto. Si te morías de hambre.

David.— Ana, ¿tú tienes algo con mi hermano?

Ana.— No seas tonto, cómo voy a tener algo con Raúl. Si ya sabes que es como un hermano para mí.

David.— No me puedo creer que seas tan irresponsable. Que me hayas disparado con una pistola de verdad.

Ana.— Venga, ya ha pasado. La verdad es que no lo pensé mucho. Me dejé llevar por el juego. Pero no ha pasado nada, así que vamos a olvidarlo y a disfrutar de

la cena. Además, esta no es una cena más... *(dice mientras mira alrededor y recoge unas velas de la casa para adornar la mesa)* es la cena de la despedida.

David.— ¿Pero tú estás loca de remate? Que tienes una pistola de verdad en casa. No me puedo creer que Raúl te haya traído una pistola de verdad.

Ana.— Deja de darle vueltas a lo de la pistola, y a la mesa, que tenemos que hacer la cena de la despedida de nuevo..., y menuda faena, con lo bien que había quedado la de ayer...

David.— Ana, pensaba que había quedado claro que la cena de la despedida ya pasó. Pero por lo visto últimamente no prestas suficiente atención a las cosas.

Ana.— Creo, mi querido David, que el que no está prestando atención a los detalles, como siempre, eres tú. Ya te he dicho antes que lo de ayer se ha esfumado. Que me he dado cuenta de muchas cosas, y que me lo estoy replanteando todo.

David.— ¿Qué quiere decir que te lo estás replanteando todo?

Ana.— Pues eso, David. Que me he dado cuenta que esto de esperarte durante un año no va conmigo. Que si quieres estar conmigo, pues estás... y si no, pues te vas... pero te vas de verdad.

David.— Ana, si aún estás jugando, que quede claro que esto no me está haciendo ninguna gracia.

Ana.— No estoy jugando, lo que pasa es que todo ha cambiado. ¿Australia o yo? Tú decides.

David.— ¿Me quieres sacar de tu vida? ¿Es eso? ¿Por qué no me matas directamente? Vamos, coge la pistola y dispara esa segunda bala. Que seguro que lo que quería mi hermano que hicieses. O mejor, ¿te traigo un cuchillo de la cocina?

(David se va a la cocina)

Ana.— Pero como te gusta exagerar. Si además has sido tú el que me ha hecho entender lo que significa todo esto. Tú eres el que me ha descubierto que todo esto de echarte de menos es decisión mía. Que yo decido lo que siento. Y tienes razón. Y he decidido que no te quiero echar de menos y voy a adecuar la realidad a lo que quiero sentir.

(David vuelve sirviéndose una copa de whisky)

David.— Pues no me echés de menos si no quieres, pero no tienes por qué ser drástica y dejarme.

Ana.— Yo no puedo quedarme en *standby*: o te espero y te echo de menos, o te dejo y continúo mi vida. No puedo razonarlo de otra manera.

David.— ¿Por qué no?

Ana.— Porque tengo que sentirme a gusto con mi forma de actuar. No puedo tener a mi pareja en Australia y estar aquí acostándome con otro tíos.

(David que está bebiendo se atraganta al escuchar eso)

David.— ¿Cómo que acostándote con otros tíos? *(Dice con dolor, como si esas palabras le hubiesen apuñalado)*

Ana.— Pues claro, David. Si continúo mi vida, la continuo. Hay que ser coherente.

David.— ¿Coherente con quién?

Ana.— Conmigo misma y con la historia de mi vida. Y estaba dispuesta a esperarte, pero ya no.

David.— ¿Pero por qué no?

Ana.— Porque me he dado cuenta de lo que significaría esto, David. He vivido en estas horas una muestra de lo que sería un año. Un año sufriendo para que un día entres por esa puerta, me des un beso y tu vida siga como si nada hubiese ocurrido. Como si fuese más importante hablar con Peter que ver cómo me siento.

David.— Ya estás con la telenovela de nuevo. Es solo un año, y podemos hablar por *skype* todos los días, si quieres.

Ana.— Una mierda, *skype*. Yo quiero tocarte, que seas parte de mi realidad, de lo que ocurre a mi alrededor, no que seas un dibujo animado que aparece en mi ordenador. ¿Australia o yo?

David.— No puedo cancelar lo de Australia. Tengo que ir.

Ana.— Pues hala, siéntate a la mesa para que tengamos nuestra cena de despedida. La de verdad.

David.— Ya la tuvimos ayer.

Ana.— No, David, no. Ayer, tuvimos una cena muy bonita, maravillosa, quizás la más romántica de mi vida... pero no fue de despedida. La de despedida, la de la amarga despedida, la vamos a tener hoy... con una pizza de jamón y pepperoni... que podías haber pedido una ensalada o algún postre, que siempre te los ofrecen.

David.— Ana, ya vale. No hay nada de lo que despedirse.

Ana.— Sí que lo hay. *(Silencio)* David, esto se acabo. Si no te quieres quedar conmigo, si no quieres construir conmigo algo día a día, es mejor que nos despidamos, pero de verdad, un punto final.

David.— ¿Construir algo día a día? ¿Quieres que nos compremos un lego? ¿Qué quieres construir? Estás muy mal, Ana. Nunca te había visto así. Es solo un año, un año de mierda, y luego tenemos el resto de la vida para ser felices juntos.

Ana.— ¿El resto de la vida? ¿Y cuánto es eso? ¿6 meses? ¿3 meses? ¿50 años? Dime cuánto es el resto, para ver si me compensa, porque que yo sepa la vida se puede terminar mañana, y mañana tú ya no estarías aquí conmigo para abrazarnos.

David.— La vida no se va a acabar mañana, por dios, a no ser que una chiflada te dispare con una pistola, claro.

Ana.— Tú no sabes cuándo se va acabar. Nadie lo sabe. Por eso no tiene sentido ningún pequeño sacrificio. Por eso no tiene sentido que no podamos imaginar la realidad que queramos. Porque da absolutamente igual, porque se va a acabar dentro de poco, muy poco o un poco más. *(Silencio)* Quédate David.

David.— *(Las últimas palabras de Ana le han llegado por primera vez en toda la noche)*. Pero, ¿cómo voy a hacerlo a estas alturas?

Ana.— David, ¿tú me quieres?

David.— Que sí; que sí; que sí. ¿Cuántas veces tengo que decir que sí para que me creas?

Ana.— Pues entonces todo da igual. Invéntate cualquier cosa. Que tu compañera se ha vuelto loca. Que te ha entrado pánico a los aviones. Que no puedes vivir con tal desfase horario..., ¿Qué más da, David? Si a nadie la va a importar.

David.— ¿Cómo que a nadie le ve a importar?

Ana.— ¿Serás egocéntrico? Sí, claro, mañana saldrá en los periódicos. David García no se va a Australia, la bolsa se desploma ante tal sorprendente noticia. Vamos, David, que no somos tan importantes.

David.— A mi padre, por ejemplo, es que no sabría ni por donde empezar.

Ana.— Todos nos inventamos miles de historias para justificar nuestras vidas. A ver, yo te ayudo... *(piensa durante unos instantes)*... ¡ya lo tengo! ¿te acuerdas de tu pasión por las bicicletas?..., pues justo cuando estabas en el aeropuerto esperando viste un libro titulado: “A por tus sueños con un par... de ruedas”. Y viste claro que irte a Australia te estaba alejando de lo que siempre habías querido que fuese tu vida.

David.— ¿De qué hablas?

Ana.— Bueno, igual esta no ha sido tan buena idea, pero hagamos un *brainstorming* para reconstruir tu vida y seguro que sale algo bueno.

David.— ¿Te estás escuchando? ¿Un *brainstorming* para reconstruir mi vida?

Ana.— Sí, tu nueva identidad.

David.— Yo ya tengo una identidad, no necesito que tú me la reconstruyas.

Ana.— ¿Y tu identidad se va a Australia?

David.— Sí, Ana, sí.

Ana.— Pues siéntate a la mesa para que nos despedamos de verdad.

David.— No hay que hacer eso.

Ana.— Sí, David, hay que hacerlo.

David.— Yo no voy a hacerlo.

Ana.— Sí, David, tú vas a hacerlo (*se acerca a la caja donde está la pistola y pone la mano encima*). Siéntate en la mesa, a no ser que quieras perder ese avión por una herida de bala.

David.— ¿Serías capaz?

Ana.— Pues no, claro que no, pero a que ha quedado bien (*dice mientras se aleja de la caja donde está la pistola*).

(*David la mira durante unos instantes*)

David.— Despidámonos para siempre, si es lo que quieres. Yo también estoy empezando a replantearme unas cuantas cosas.

(*David se sienta en la mesa*)

David.— Ana, no me puedo creer todo esto. Hace unas horas, eras una persona sensata y cariñosa, y ahora, ¿quién eres? ¿Una mujer que me apunta con una pistola para que cene con ella?

Ana.— Cariño, estás exagerando, le estás dando mucha importancia a todo esto.

David.— Que yo estoy exagerando..., ¿pero cómo quieres que actúe ahora?

Ana.— Pues supongo que todo depende de ti.

David.— ¿De mí? Resulta que ahora todo depende de mí...

(De repente David recuerda que la misma conversación sucedió hace unos minutos pero con los actores invertidos y se calla)

Ana.— *(Ana se ríe)*. Anda, parece que ahora ya no te gusta tanto como antes, ¿eh?. Bueno, venga, vamos a cenar. A ver... con lo bien que nos quedó ayer creo que es mejor que intentemos imitarla lo más posible. No tenemos champán pero tenemos este vinito barato que no está nada mal. Empezamos así, ¿verdad?, con las manos cogidas.

David.— Sí, pero me parece que ayer no me tenías sentado a la mesa a punta de pistola.

Ana.— Ay, David, qué exagerado eres, que no te estoy apuntando y la pistola está bien lejos. Además, que no va ser todo igual que ayer *(le dice esto último con tono mimoso, con ironía, mirándolo a los ojos)*.

David.— Vaya, parece que empezamos a estar de acuerdo en algo esta noche.

Ana.— A ver, ahora empezaste a decirme todas esas cosas de mí que vas a echar de menos... ¿te acuerdas?

David.— Sí. Lo que pasa es que en estos últimos minutos has eclipsado todas la imágenes bonitas que tenía de ti. Ahora ya solo puedo ver a una psicópata apuntándome con una pistola.

Ana.— Qué rancio eres. Vale, empiezo yo. *(Se pone tierna y seria)* Yo voy a echar de menos a ese protestón de gran corazón. Ese niño grande que es capaz de hacerme reír incluso cuando más enfadada estoy. Voy a echar de menos despertarme a tu lado. Y esos abrazos que me das que dicen todo lo que tu boca es incapaz de decir.

David.— *(Escucha enternecido)* Es solo un año.

Ana.— No, David, no has entendido nada. Ahora ya es para siempre. Tenemos que disfrutar de esta cena de despedida porque esta sí que será la última.

David.— Pero...

Ana.— *(Le interrumpe)* David, por favor, no vuelvas de nuevo con lo mismo. Yo ya no quiero continuar. Tú vas a empezar una nueva vida y yo también tengo derecho a hacer lo mismo. Respétame en esto, por favor.

David.— ¿Y si no estoy de acuerdo?

Ana.— Es que no tienes mucha opción.

David.— Sí. Me puedes dejar para siempre si es lo que quieres, pero no puedes obligarme a que tenga otra cena de despedida contigo.

Ana.— ¿No me merezco si quiera tener una cena de despedida? ¿Tan poco he significado para ti que no eres capaz de brindarme una cena de despedida?

(David piensa por unos instantes)

David.— Yo voy a echar de menos... pues no se me viene nada a la cabeza.

Ana.— David...

David.— Ana, ya sabes que te echaré mucho de menos *(dice de forma sentida)*. ¿Para qué necesitas que te lo diga?

Ana.— ¿Porque es la última oportunidad que tienes para hacerlo?

(David se toma unos segundos. Finalmente consigue que le salgan las palabras, al principio con desgana, pero luego de forma sentida)

David.— A ver, pues yo voy a echar de menos a esa niña grande de gran corazón...

Ana.— No me puedo creer que me estés copiando.

David.— Pues voy a echar de menos a esa chica que nunca se rinde, esa que nunca tira la toalla, que siempre lucha hasta al final. Esa que cree que otro mundo es posible y que no va a parar hasta que lo consiga. Esa que siempre tiene una sonrisa en la boca, incluso cuando te apunta con una pistola de verdad. La mejor compañera que puedo imaginar a mi lado. La única que puedo imaginar a mi lado.

Ana.— Eso nunca me lo habías dicho

David.— Ana, yo no quiero perderte.

Ana.— Pero te vas, David, porque quieres, ¿no es eso perderme?

Ana.— Quizás es mejor que todo termine ahora que aún sentimos esto que sentimos. Que el recuerdo de los dos tal y como somos ahora nos acompañe para siempre. Que soñemos con un futuro que nunca ocurrió porque no lo imaginamos con la suficiente fuerza.

David.— Porque nunca tuvimos suficiente paciencia.

Ana.— Porque nunca tuvimos suficientes ganas.

David.— Yo quiero que sigamos juntos.

Ana.— *(Ella niega con la cabeza)* En el fondo esto es lo mejor que te podía pasar. Así te puedes ir a Australia sin ningún ancla en el puerto de partida. Así ya puedes vivir una nueva vida allá. Sin mirar atrás.

David.— Y dale, que yo no quiero una nueva vida.

Ana.— Mientes. Todos queremos una nueva vida. Una vida que vamos construyendo día a día. Y la tuya pasa por coger un avión e irte a Australia. Perfecto. Y la mía pasa por quedarme aquí y echarte de menos durante un tiempo, pero no por esperarte un año. Yo también tengo derecho a imaginar mi propia vida.

David.— ¿Y yo ya no puedo estar en tu vida?

Ana.— No, ya no.

(David se levanta de la mesa)

Ana.— No has comido nada.

David.— Se me ha ido el hambre.

Ana.— Vaya, lo siento. Con lo hambriento que estabas. Ves como todo es producto de la imaginación. Cada vez creo más que si se imagina que no hace falta comer podríamos alimentarnos de la luz del sol. Leí algo de un yogui indio que se alimenta de los rayos del sol...

David.— Te quieres dejar ya de más chorradas. Y ahora ¿qué?

Ana.— ¿Ahora?

David.— Sí, ya hemos cenado, ¿ahora qué toca?

Ana.— Bueno, pues ayer nos pusimos a hacer el amor.

David.— Anda, pues igual puedes usar la pistola a ver si hay suerte.

Ana.— Bueno, puedes hacer otras cosas... *(dice con picardía)*.

David.— Tú no tienes remedio, ¿verdad?. Pero venga, vamos *(dice con desgana e ironía)*. ¿Aquí en el sofá?

Ana.— No, tranquilo. Viendo todas las ganas que tienes... mejor nos lo saltamos.

David.— No, venga, no vaya a ser que el último recuerdo que te quede de mí es que no te satisfacía sexualmente.

Ana.— Tranquilo, eres el mejor amante que he tenido nunca y dudo que vaya a tener otro igual.

David.— *(Alagado)* ¿Es eso verdad?

Ana.— *(Tarda un tiempo en responder)*. Pues no, pero suponía lo mucho que te gustaría imaginar eso... así que he pensado para qué amargarte tu realidad...

David.— Eres una imbécil.

Ana.— Cariño, no te enfades, bromeaba...

(David se queda pensativo unos segundos)

David.— Ana, *(se toma un tiempo)* ¿sabes qué? Que me quedo *(dice cariñoso)*.

Ana.— ¿Cómo que te quedas?

David.— Australia o tú, ¿no? Pues he elegido: tú.

Ana.— ¿Lo dices en serio?

David.— Sí.

(Los dos se miran fijamente)

Ana.— David, ¿estás seguro?.

David.— Sí. Ya te lo he dicho. Te quiero.

Ana.— ¿Y qué vas a hacer? ¿Qué vas a decir?

David.— No sé, déjame pensar.

Ana.— *(Ana se queda muy descolocada. No sabe lo que sentir)*. Qué bien, David. Estoy tan contenta, tan emocionada. Que seas capaz de hacer esto por mí. Esto hay que celebrarlo. Voy a buscar la botella de sidra que tenemos en el trastero. No es como el champán, pero por lo menos hace *pum*.

(Ana sale de escena. David coge el teléfono rápidamente y teclea un número)

David.— Sergio, escucha. Te voy a llamar ahora y te voy a contar un cuento chino. Tú sígueme la corriente. Y si se pone a Ana al teléfono dile cualquier cosa en inglés, algo raro, que no te entienda y no sepa que eres tú. ¿Ok? Con mucho acento. Tú sígueme la corriente. Luego te explico.

(Ana vuelve con una botella de sidra El Gaitero y David cuelga antes de que le vea)

Ana.— La encontré, aquí está. Creo que es de hace 2 navidades, pero seguro que sirve. ¿Qué has pensado?

David.— Pues voy a llamar a Peter y le voy a decir la verdad. No hay nada como decir la verdad.

(Ana le mira orgullosa)

(David le da a la tecla de rellamada de forma que lo vea Ana)

David.— Da tono *(dice mientras le pone el aparato en el oído de la mujer para que oiga el tono brevemente)*

David.— Peter, this is David. Sorry again. Tú entiendes un poquito de español, ¿verdad? *(dice con un acento raro, gritando mucho y hablando muy despacio, para favorecer la comprensión)* Tengo que decirte algo en español para que mi mujer lo entienda. *Do you get that?* Ok. Peter, no voy a ir a Australia. *I am not coming to Australia, Peter.* Tengo que quedarme aquí en Madrid con mi mujer. Porque la quiero mucho y porque... porque está embarazada. Lo siento Peter, gracias. Te llamo mañana y te explico. *I will call you tomorrow. Tomorrow, Peter.* Mañana, Peter. Mañana. *Thank you, thank you very very much. Bye bye Bye.*

(Ana le mira muy enamorada)

Ana.— Qué bonito, David, te quiero tanto *(le dice mientras le abraza)*. Pero no estoy embarazada, que era broma.

David.— Que ya lo sé, amor... pero es que eso queda tan bien... y por una mentirijilla.

(Ana se le queda mirando unos segundos muy enamorada)

Ana.— Pues voy a ir a buscar las copas para la sidra.

(Ana va a la cocina. Tras unos segundos vuelve a entrar en el salón sin copas en las manos, despacio, pensativa)

Ana.— David, no puedo permitir que hagas esto. Este trabajo en Australia es por lo que tanto has luchado. No puedo permitir que lo arruines solo porque hayamos discutido hoy. Quizás eso es lo que necesitaba, escucharte decir eso. Darme cuenta de que realmente me quieres tanto como yo a ti. Que eres capaz de hacer cualquier cosa por mí.

(David está totalmente absorto siendo besado por Ana, muy contento de que su estrategia haya funcionado, cuando esta coge el teléfono)

Ana.— ¿Sabes que voy a hacer? Voy a llamar a Peter y le voy a decir que he tenido un aborto.

David.— ¡Ana, no! A Peter no se le puede estar llamando cada dos por tres.

Ana.— Sí, tiene que saber cuanto antes que sí que vas. No vaya a ser que cojan a otro.

David.— ¡Ana, que no!

Ana.— Que sí, ya se lo explico yo. No sabía que Peter entendía español.

(Ana da al botón de rellamada. Sergio responde al otro lado de la línea).

Ana.— ¿Sergio? *(Ana se queda mirando a David con cara de odio mientras lo entiende).* Que no, que no estoy embarazada. Son cosas de tu amigo, que es un bromista. Luego ya te cuenta él.

(Ana cuelga el teléfono y se queda mirando a David por unos instantes. Va hacia donde está la pistola, la coge y le apunta.)

Ana.— Eres un hijo de puta.

David.— Ana, baja eso.

Ana.— Debería matarte. Te has reído de mí.

David.— Solo estaba modificando la realidad para que todo volviese a ser como ayer.

Ana.— ¿Engañándome?

David.— ¿Y qué es la vida si no? Un completo engaño.

Ana.— Pues entonces igual a quien tengo que matar es a mí misma porque no quiero esta vida *(dice mientras se pone la pistola en la cabeza).*

David.— Ana, no hagas tonterías.

Ana.— Si no te mato a ti, ni a mí, entonces, ¿a quién mato?

David.— Pues mata al público.

Ana.— ¿Qué público? *(Dice contrariada mientras baja la pistola en dirección al público durante unos instantes, sin apuntarles directamente. Ella mira hacia el público. Termina bajando la pistola del todo)*

David.— Ese que decías tú antes. Ese que no deja que hagamos lo que realmente queremos hacer.

Ana.— ¿Ese que hace que tengas que irte a Australia?

David.— Sí, ese.

Ana.— Pero, David, ese público es importante porque tú le das importancia. Sácalo de tu cabeza y serás libre.

David.— Pero eso no es tan sencillo. ¿Quién soy yo sin ese público?

Ana.— Pues entonces no es por ellos por quienes te vas. Es por ti. Eres tú quien elige esa vida y a ese público.

(David se queda pensativo. Mira a Ana)

David.— Pues supongo que tienes razón *(dice vencido)*. Este soy yo. Y no sé vivir de otra manera. ¿Vivir sin público?, ¿cambiar de público?... Igual tú puedes hacerlo pero yo no. A mí me importa mucho lo que piensa la gente que está a mi alrededor.

David.— . *(David se sienta en el sofá al lado de Ana)* Ana, tengo que ir. Y te juro que no quiero, y te juro que no quiero perderte. Pero tengo que ir. Sé que tengo que ir. No puedo imaginarme enfrentarme a mi padre, o explicarle a todos mis colegas que cambio de planes, o aguantar al imbécil de mi hermano. Además que es la pieza que encaja en el puzzle que voy construyendo. Ese puzzle del que quiero estar orgulloso.

Ana.— Pues entonces no hay más que decir, David. Yo quiero contruir mi propia vida.

David.— ¿Y yo no puedo estar en ella?

Ana.— No, David. Tú no te atreves a imaginar tu propia vida.

(David se siente muy herido con las últimas palabras. Le da un breve beso en los labios. Se levanta del sofá, recoge la chaqueta, la corbata, el móvil y el cargador, la agenda, el portátil y lo mete todo en el maletín)

Ana.— ¿Te vas?

David.— Sí, me voy a dormir al hotel del aeropuerto.

Ana.— Las despedidas nunca son bonitas, ¿verdad?

David.— Nunca *(dice muy triste)*

(Los de se miran y se funden en un abrazo, un abrazo muy sentido)

David.— Te voy a echar mucho de menos Ana.

Ana.— Lo sé. Y yo a ti.

David.— Espero que consigas cambiar este mundo de mierda por ese tan bonito que tienes en la cabeza.

Ana.— Espero que la nueva pieza del puzzle encaje bien.

(David la mira en silencio. Se da media vuelta y se dirige hacia la puerta).

Ana.— David, ¿te puedo pedir un favor?

(David se da media vuelta).

Ana.— Ten cuidado con las canguras.

(David se ríe con una mueca y asiente, y se gira hacia la puerta. Vuelve a girarse hacia ella.)

David.— ¿Te puedo pedir yo uno a ti?

(Ana asiente.)

David.— No te acuestes con mi hermano.

(Ana se ríe y asiente.)

David se vuelve a girar y sale de escena.

Ana se queda sola en el salón. Suena de fondo la música de "La Despedida". Coge la foto de los dos. Coge el teléfono y teclea un número.

Ana.— Cris, *(con mucho dolor)* como te iba diciendo, le voy a echar tanto de menos. *(Ana sale del escenario, se apagan las luces y la música sube).*

FIN